

En las páginas de TACTICAL hemos incluido ya reportajes que reflejan las capacidades de algunas de las unidades policiales adscritas al Sheriff del Condado de Orange, en Orlando, Florida. La que se conoce como *Orange County Sheriff Office (OCSO)* es una organización con un carácter propio, pues, aunque a primera vista pueda parecer lo contrario, se enfrenta a un nivel de delincuencia bien distinto del que es habitual aquí, en España.

OCSO TAC

PROACTIVOS CONTRA LA DELINCUENCIA

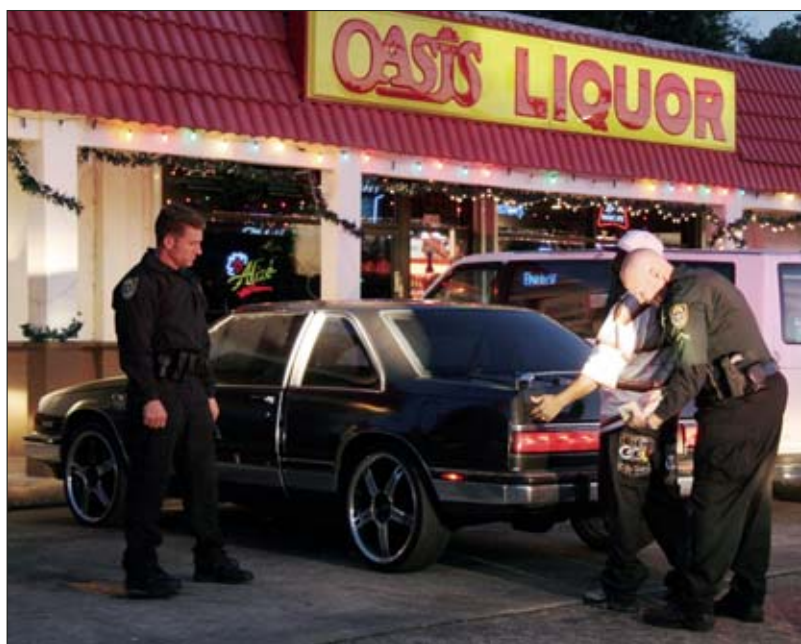
OCTAVIO DÍEZ CÁMARA

A traídos por la posibilidad única que nos brindan desde su Oficina de Prensa, y gracias al constante apoyo que nos da la cabo Susan Soto que allí trabaja, nos hemos animado a volverles a visitar. En esta ocasión, solicitamos, buscando algo diferente de lo que habíamos visto ya, patrullar con la unidad de bicicletas, un ámbito poco difundido y con unas características e impronta peculiar.

Tras todo el proceso de permisos, acreditaciones, viajes y demás, nos presentamos en la fecha y hora previstas en las dependencias policiales del OCSO. Íbamos a vivir una experiencia que, como verán en las páginas siguientes, difiere mucho de la que, en principio, nos habíamos imaginado.

Suprimir la criminalidad

El oficial que nos atendió en un primer momento nos llevó hasta la zona de aparcamiento para que conociésemos el vehículo que emplea en sus jornadas laborales, una potente furgoneta sin rótulos que permitan saber a que cometido está asignada. Nosotros, rápidamente, nos interesamos en conocer cuál es el trabajo del personal que viaja con las bicicletas y algunas peculiaridades de su formación y equipo.



Nuestro interlocutor, sacó del maletero su bicicleta y se equipó para que pudiésemos realizar algunas imágenes que nos sirviesen para ilustrar estas páginas. Enfrascados estábamos en algunas simulaciones respecto de su cometido cuando le llegó un aviso radio que le convocaba a un punto de reunión situado a unos siete kilómetros de nuestra ubicación. Dejó todo el material en el puesto que ocupaba anteriormente e inició la marcha, trayecto que aprovechamos para charlar sobre las peculiaridades del servicio que desempeña él y sus compañeros.



Fue en ese tránsito cuando comenzamos a comprender que nuestra idea sobre su trabajo estaba muy pero que muy alejada de lo que realmente hacían. Ellos, no solían moverse con sus bicicletas en pequeños grupos por los centros comerciales y las zonas turísticas, para tranquilizar a quienes son allí habituales. Por el contrario, constituían un elemento disuasor de primer orden, actuando, de forma rápida y diligente, contra la delincuencia y evitando así que los millones de visitantes de la zona tomen conciencia de que, desde el punto de vista de la seguridad, Orlando no difiere mucho de otros puntos de los Estados Unidos, aunque quienes trabajan para el OCSO realizan un importante esfuerzo en lo que es la reducción de los niveles de criminalidad que azotan las calles del lugar.

Después de quince minutos de tránsito, y de escuchar diversas explicaciones que casi nos dejan atónitos, nos cruzamos con un coche policial que estaba aparcado cerca de una gasolinera. Allí, se encontraba un joven negro que estaba siendo cacheado por un uniformado. Paramos para observar lo que acontecía y a los pocos segundos se nos añadió un segundo furgón. Del mismo salió un agente. ¡¡¡Hello Octa-

vio!!!, me dijo. *¿You remember me?*, continuó. Mis neuronas comenzaron a trabajar al ciento por ciento. Me recordaba de su cara, pero no caía... *We meet with the SWAT Team some years ago...* Fue entonces cuando me acordé. Había participado en algunos entrenamientos de la Unidad Táctica del OCSO y él, Chriss Barrett, era uno de sus integrantes.

Me explicó que había sido ascendido a sargento y que dirigía una de las escuadras de la *Tactical Anticrime Unit*, la que ellos designan con las siglas TAC. La misma, adscrita a la División de Supresión de la Criminalidad (CSD, *Crime Suppression Division*), la dirige un teniente que actúa como TAC Commander. Responde ante un capitán, que también es responsable de las unidades GANG y JAM que les presentamos en el número 6 de TACTICAL, publicado hace ahora dos años.

Por sus palabras supe que tienen organizadas cinco TAC, una trabajando en cada uno de los sectores en que se divide el despliegue de la organización a la que sirven. Cada escuadra tiene como máximo responsable a un sargento y bajo su coordinación trabajan un cabo y seis agentes, uno de ellos mujer en

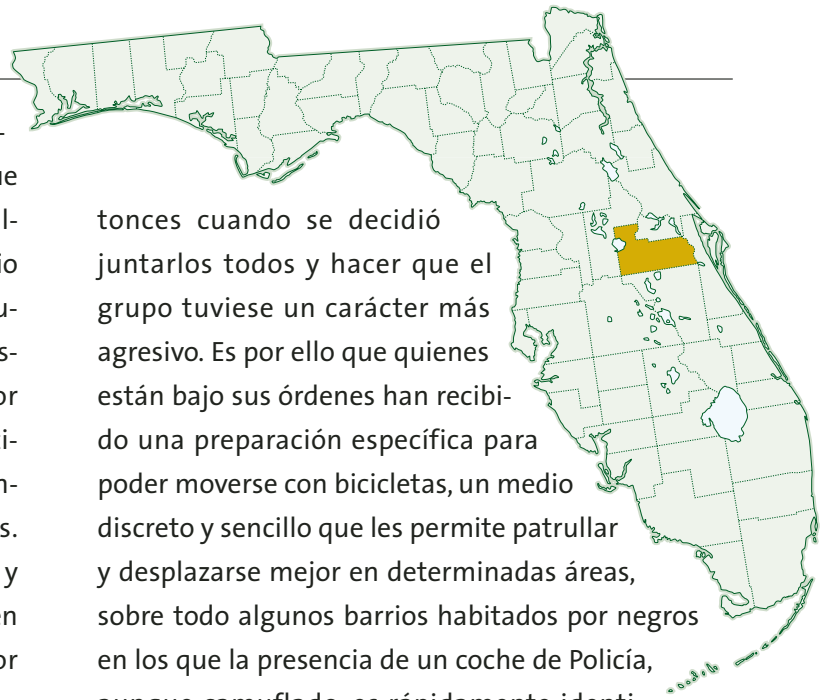


el caso del grupo que vimos trabajar. Su labor la hacen cuatro días a la semana en dos turnos, uno que va de lunes a jueves y otro de miércoles a sábado, alternando uno u otro cada cuatro semanas. El horario va desde las cuatro de la tarde a las dos de la madrugada –diez horas continuadas-, franja en la que, estadísticamente hablando, se concentra el mayor nivel de crímenes. Reducir el número de estos últimos es su principal objetivo, por lo cual suelen concentrar su vigilancia en zonas concretas. Ocasionalmente, todos los agentes TAC –cuarenta y seis en el momento de nuestra visita– se reúnen en un área para llevar a cabo operaciones de mayor magnitud con las que acabar –de raíz si es posible– con la venta de drogas, las actuaciones de las bandas o otras actividades ilegales.

¿Y las bicicletas?

Seguía interesado en relacionar la actividad de la supuesta Unidad Ciclista, la que en principio iba a conocer, con TAC. Chriss me comentó que hasta el 2003 había unidades con bicicletas en cada sector. Fue en-

tonces cuando se decidió juntarlos todos y hacer que el grupo tuviese un carácter más agresivo. Es por ello que quienes están bajo sus órdenes han recibido una preparación específica para poder moverse con bicicletas, un medio discreto y sencillo que les permite patrullar y desplazarse mejor en determinadas áreas, sobre todo algunos barrios habitados por negros en los que la presencia de un coche de Policía, aunque camuflado, es rápidamente identificada. La llevan como un instrumento más de su trabajo, aunque su empleo es ocasional. En determinados eventos podrían desplegar con ellas para no llamar la atención de quienes pudiesen preparar algún sabotaje o intentaran atentar contra algún VIP (*Very Important Person*) allí presente. También las suelen usar cuando hace mucho calor y la humedad ambiental es especialmente intensa.



Volviendo a la escuadra con la que aquella tarde-noche me movería, me comento que algunos agentes son SWAT y que otros están acreditados como guías de perros policiales, lo que ellos conocen como K-9. Se busca aglutinar distintas especializaciones que den al conjunto una mayor seguridad en determinadas actuaciones y que generen el requerido nivel de eficiencia ante la ciudadanía.

En sus cometidos, actúan de forma más o menos proactiva, para que quienes intentan detener sepan o no –dependerá de las circunstancias y objetivo– que TAC está allí. Para ello, combinan la presencia de coches policiales normales con otros que, para la mayoría, pasan desapercibidos.

Lo que nos explicó lo pudimos conocer más en detalle en la jornada que pasamos con ellos, turno de



“Somos un colectivo diferente, porque respondemos a un trabajo con mucha actividad”, destacó. “Respondemos a la actividad relacionada con la venta de drogas, los robos, cualquier crimen en el que se vean involucradas bandas, temas de detención de tráfico y determinadas búsquedas que se nos asignen”. En ese sentido, les es de ayuda el equipo K-9 que tienen asignado, con un perro adiestrado para localizar distintos tipos de sustancias narcóticas, capaz de olfatear y marcar cantidades muy pequeñas.

diez intensas horas en el que cada agente suele recorrer unos ciento cincuenta kilómetros. Lo primero que atendimos fue una posible actuación en un “condominio” de edificios donde buena parte de los que allí viven se dedican al pequeño trapicheo de sustancias narcóticas. Un confidente les había alertado sobre la presencia de varios miembros de una banda de traficantes y nos posicionamos cerca del piso donde se ubican para una posible acción de detención. Tras vigilar la zona circundante y comprobar

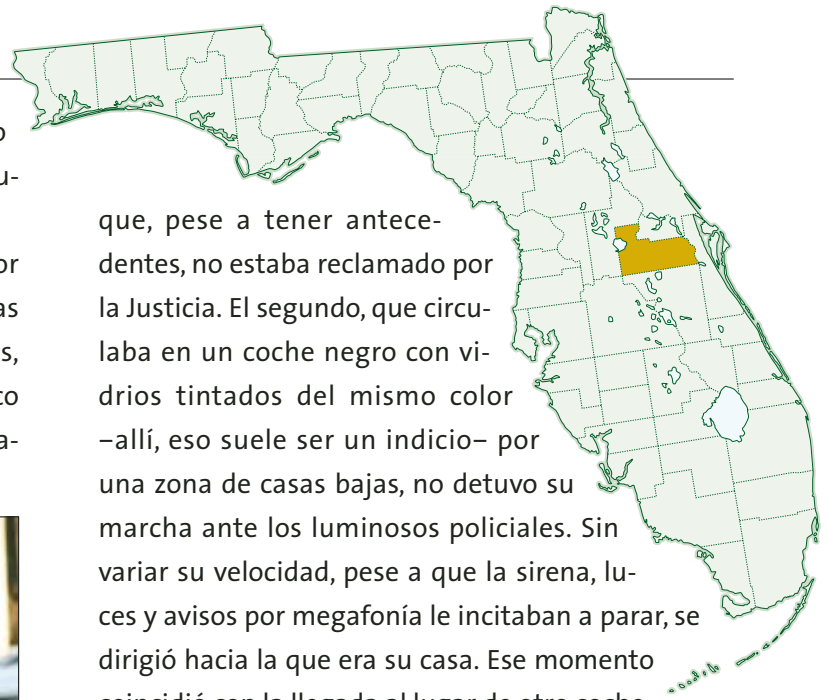
que la alerta era infundada, nos alejamos para no llamar la atención y que la intervención policial pudiese realizarse otro día.

Durante un par de horas más nos movimos por un área donde es habitual ver a bastantes personas situadas en los cruces de las calles. Los hombres, negros y con edades de entre quince y veinticinco años, se dedican a vender marihuana, crack o coca-



ína a quienes se la demandan, aunque mantienen cierta cautela para evitar que su “cliente” sea un agente. Cuando se dan cuenta de la hipotética presencia policial se avisan, con teléfonos móviles, y “disimulan”. Algunas de las mujeres, de la misma raza, se dedican a la prostitución, allí prohibida y penada.

Abandonamos la zona para transitar por una aldea. En poco más de una hora interceptamos a sendos vehículos que despertaron las sospechas de nuestro interlocutor. El primero, al ver los luminosos policiales que salían del frontal de nuestra furgoneta, se detuvo. Fue identificado, cacheado y comprobó



que, pese a tener antecedentes, no estaba reclamado por la Justicia. El segundo, que circulaba en un coche negro con vidrios tintados del mismo color –allí, eso suele ser un indicio– por una zona de casas bajas, no detuvo su marcha ante los luminosos policiales. Sin variar su velocidad, pese a que la sirena, luces y avisos por megafonía le incitaban a parar, se dirigió hacia la que era su casa. Ese momento coincidió con la llegada al lugar de otro coche patrulla, alertado por Chriss. Ambos policías, pistola en mano, le conminaron a que no hiciese ningún movimiento extraño y le cachearon. Revisaron su coche a conciencia en búsqueda de droga, pero no la encontraron.

Sería un rato más tarde cuando vivimos una de aquellas situaciones donde la adrenalina fluye. Fuimos avisados por radio de la presencia de un coche Ford "Focus" robado y nos dirigimos a interceptarlo a gran velocidad. Circulaba por una avenida de dos carriles en cada sentido y nos situamos detrás. En un semáforo se paró y entonces comenzó el “show”. En posiciones próximas se habían situado otros vehículos policiales “unmarked” –lo que yo no sabía– y lo bloquearon por delante y costados. Policías armados con semiautomáticas Glock y llevando puestos chalecos antibala comenzaron a emerger de distintos puntos apuntando al conductor y gritándole para que situase las manos al volante de forma que las pudiesen ver sin problemas. En menos de diez segundos lo habían extraído del vehículo y detenido. Resultó ser el dueño, que había denunciado la desaparición pero no había comunicado a las Fuerzas del Orden que lo había localizado poco después. Por su cara de susto, seguro que nunca más se le olvidaría hacerlo.

Tras algunas identificaciones más, encontramos a un “viejo conocido” de los agentes aparcado con su Buick junto a una licorería. Ante la sospecha de que intentase un atraco a la misma, se procedió a su detención. Al lugar se incorporó después el equipo K-9



para que el perro pudiese olfatear el vehículo e intentase localizar drogas. Encontró una pequeña cantidad de cocaína que el sujeto dijo era para consumo personal. No convenció a los policías que lo detuvieron e iniciaron las oportunas diligencias. Fue entonces, cuando ya se aproximaba la hora de finalización del turno de trabajo de aquel día, el momento en el que el sargento Barrett, al que habíamos acompañado durante siete horas, nos acompañó hasta las dependencias centrales del Sheriff. La experiencia había sido gratificante y muy reveladora de lo que es su trabajo policial.

Grupo homogéneo

Quienes aspiran a pertenecer a TAC tienen que ser agentes con dos años de experiencia previa como mínimo. Lo tienen que solicitar cuando se publique la oferta de plazas, generalmente cuando alguien cambia de destino o asciende. Tras cumplimentar un formulario, en el que responden a diversas preguntas que permiten conocer si muestran un perfil adecuado o no para el nuevo puesto de trabajo, deberán superar una entrevista personal. Tomando en cuenta lo que opinan de ellos los supervisores de sus come-

tidos anteriores y su hoja de servicios, se les puntúa y quienes alcanzan las mejores notas son los seleccionados. “Lo que se busca es gente que sea capaz de trabajar con supervisión limitada, pues en muchos casos llevan a cabo sus servicios solos, y que mantenga un cierto nivel de agresividad que les lleve directamente a donde esté la acción. Que quieran detener a delincuentes y meterlos en la cárcel”, apuntó uno de nuestros interlocutores.

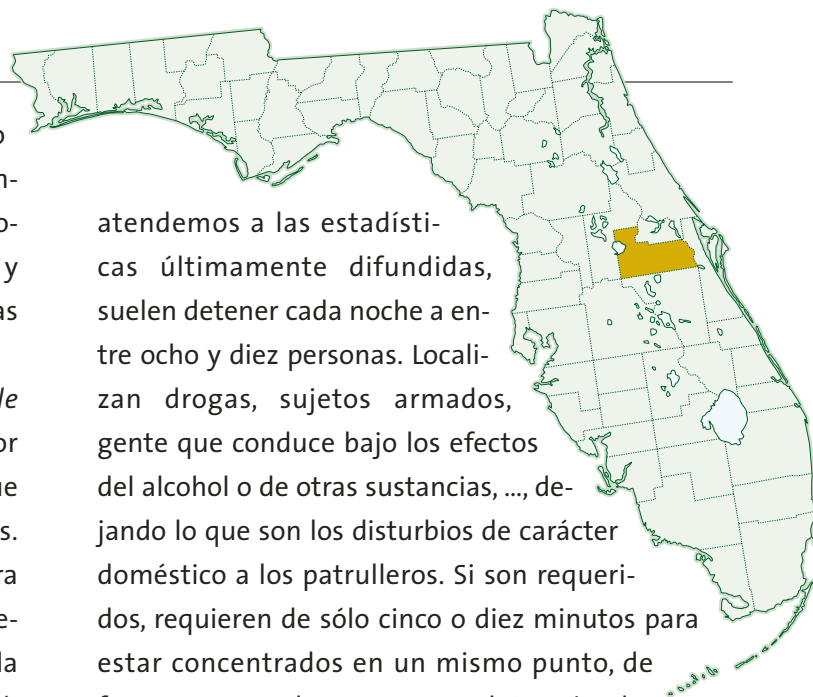
Su entrenamiento específico lo obtienen con el trabajo diario, “la mejor forma de aprender” según Chriss. Compartiendo, en lo que ellos definen como “adiestramiento cruzado”, experiencias con agentes más antiguos es como aprenden las peculiaridades de la actividad que llevan a cabo los TAC. El nivel de exigencia es elevado y algunos no superan el periodo de aclimatación, causando baja.

Cada cierto tiempo, y siguiendo los protocolos establecidos desde el OCSO, se les exige que realicen las certificaciones relacionadas con el material que tienen a su disposición. Quienes llevan consigo subfusiles UMP o fusiles de asalto M16, el primero del .45 ACP y el segundo del 5,56x45mm, tienen que pasar cada tres meses por el campo de tiro para reali-

zar las prácticas pertinentes. En ese mismo espacio existen unas zonas habilitadas para otro tipo de entrenamientos, donde ellos se aplican en las metodologías relacionadas con las detenciones dinámicas y la coordinación de movimientos necesaria para las mismas.

Visten con pantalones negros tipo BDU (*Battle Dress Uniform*) y una camiseta o chaqueta de color verde, de forma que su imagen “más dura” hace que la gente sepa que ellos no son patrulleros normales. Visibles son los emblemas de la organización para la que trabajan y la palabra Sheriff en grandes letras reflectantes a su espalda, para que nadie pueda decir que no sabía quienes eran los que les detenían. De la firma Safariland es el correa que llevan a la cintura y que les permite tener a mano una semiautomática Glock 21, del .45 ACP, varios cargadores, un bastón policial extensible ASP, un sistema no letal Taser X26, sendos grilletes y otros accesorios policiales.

Para acabar estas páginas señalar que el ritmo de trabajo de cada una de estas escuadras es alto. Si nos



atendemos a las estadísticas últimamente difundidas, suelen detener cada noche a entre ocho y diez personas. Localizan drogas, sujetos armados, gente que conduce bajo los efectos del alcohol o de otras sustancias, ..., dejando lo que son los disturbios de carácter doméstico a los patrulleros. Si son requeridos, requieren de sólo cinco o diez minutos para estar concentrados en un mismo punto, de forma que puedan apoyar un determinado incidente o responder a un servicio de carácter más grave. Es normal que apoyen a quienes también patrullan por las calles del área de Orlando o que cooperen con otras unidades policiales. También que una vez a la semana realicen una reunión para analizar lo acontecido en la anterior, lo que les permite centrarse en determinadas tipologías de la criminalidad y en áreas concretas.

